DaBaR

Ciclo A

nº 57

1 de noviembre de 2026

Todos los santos

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

Hablemos de milagros

Hoy es la fiesta de la inmensa cosecha de Dios, de la siega extraordinaria de su gracia, de los frutos incalculables de su amor "loco". Para llegar a santo hacen falta milagros, lo sabemos todos, pero no sólo habitan en el cielo, también tienen domicilio en la tierra, y los podemos encontrar en todas partes, por la calle, en el ascensor, en la iglesia, en el mercado, en la sala de espera del médico...los santos son de todos los tiempos, por tanto, también existen hoy.

El evangelio de hoy, además, nos revela el secreto último de la santidad: la alegría, "Dichosos...dichosos...dichosos...". El santo es un candidato a la alegría, es la bienaventuranza de quien tiene el alma pobre, de los mansos, de los constructores de la paz, de los que tienen corazón por la miseria del hermano, de los padecidos por la justicia, de los que son limpios de corazón. Sí, hombres de carne y hueso y con molestias varias como nosotros. Hijos amados por Dios, como nosotros y que han logrado plantear su existencia cristiana de manera diferente a como lo hacemos nosotros.

Abramos los ojos: nos tropezamos con apariciones a cada paso, se visten como nosotros, dicen buenos días, llevan en la mano la bolsa de la compra, compran el periódico, aman nuestra misma iglesia, incluso sufriendo por las mismas cosas que nos fastidian a nosotros. Las apariciones son más frecuentes de lo que nos imaginamos, sólo que es necesario bajar ligeramente la mirada (¿Qué hacéis ahí mirando al cielo?), pararse en algún rostro, a lo mejor muy conocido. Sí, los santos son apariciones bastante ordinarias.

Cuando se habla de santos, se va a parar siempre ahí... a los milagros.

La vida de los santos es una cosa prodigiosa, que existan personas con corazón de pobre, que sepan sonreír incluso con los ojos bañados de lágrimas, capaces de esa fuerza prodigiosa que es la no violencia y la dulzura, apasionados por la justicia, que viven la ternura, que saben olvidar y perdonar, cuyo corazón es una fuente limpia, cuya presencia trae serenidad y paz, que aceptan como precio del amor las burlas, las críticas y las persecuciones: he ahí el milagro más grandioso.

Que haya personas, después de dos mil años, esté aún convencido de que Cristo, en el monte, ha dicho "bienaventurados" y no "pobres de vosotros...", y lleve en la cara ese descubrimiento y deje transparentar en sus ojos una felicidad distinta, éste es el verdadero acontecimiento milagroso.

A lo mejor puede que falte uno para llegar a ser santos, a lo mejor no caemos en la cuenta, puede que seas tú, de todos modos la tierra está siempre a disposición.

Susi Cruz
susi@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

El texto que hoy leemos puede incluirse en el apartado del Apocalipsis que habla del propósito de Dios en la historia (4,1-8,11). Hay una puesta en escena con el trono de Dios y su escolta, el libro sellado, el Cordero y el himno (5,1-7); la apertura de los sellos y los cuatro jinetes con sus caballos (6,9-11); los acontecimientos escatológicos (donde se incluye el texto de hoy en 6,12-7,17) y el silencio de Dios (8,1).

El capítulo anterior (cap. 6) terminaba recordando que llegaría el día de la ira de quien está sentado sobre el trono y del Cordero (6,17). Ahora se produce un retraso en este día de la ira y un ángel sube de oriente llevando consigo el sello del Dios vivo. El jardín del Edén estaba en oriente (Gn 2,8), Ciro el liberador viene de oriente (Is 41,2), Después del destierro de Babilonia la gloria de Dios vuelve al templo desde oriente (Ez 43, 1-2) (v. 2).

El ángel grita para que no se haga daño hasta que los servidores de Dios estén marcados en la frente con el sello. El sello formará el pueblo delos justos, como fue signo la sangre que marcaba las puertas de los israelitas en Egipto para que no pasara el ángel exterminador. También Ez 9,4 nos dice cómo el Señor ordena marcar con una señal en la frente a quienes lloran por los crímenes que se cometen en Jerusalén, salvándoles del exterminio (v. 3).

Son marcados ciento cuarenta y cuatro mil (el cuadrado de doce multiplicado por mil). Aquí es Israel el primero que recibe el sello de Dios, la salvación, pero esta se va a extender a todas las partes de la tierra (v. 4).

Juan, después de ver a los elegidos, ve ahora una gran muchedumbre de toda raza y nación, pueblo y lengua, es decir, toda la humanidad participando en la salvación a través de la Iglesia. Iban vestidos de blanco (con la palabra de Dios) y con una palma en la mano, signo de la victoria. Toda esta gente participa en una liturgia y utiliza un himno cristológico que celebra la salvación. Esta salvación pertenece a Dios y el Cordero. El cántico es elevado por los ángeles, los veinticuatro ancianos, los cuatro seres vivientes y toda la creación. La alabanza a Dios se manifiesta con siete expresiones (7,12). Entonces, uno de los ancianos le pregunta Juan por los que están vestidos de blanco. La respuesta viene de lo alto y dice que son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero. El de Cristo ha sido el verdadero martirio y quienes le han seguido derramando su sangre están vestidos de blanco ya que han lavado sus vestidos en la sangre de Cristo (vv. 9-14).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

Exhorta san Juan en estos versículos a vivir como hijos de Dios. El texto, realmente, comienza en 2,28, que concluye la sección sobre la última hora y que empezó en 2,18. Tenemos la garantía de que Jesús aparecerá nuevamente (parusía, aparece sólo aquí en los escritos de Juan). Tenderemos acceso a Dios cuando vuelva Cristo como juez. La confianza en que el juicio de Dios será justo, se basa en la conciencia de filiación divina que tiene el cristiano. El retorno de Cristo al final de los tiempos no es una idea muy frecuente en Juan. ¿Cómo se conecta la escatología realizada y la final?: Aunque Jesús se haga presente en cada cristiano que obra la justicia, la total unión con Cristo sólo es posible en su venida final. Ya, la unión en este mundo con Jesús, permite al creyente tener confianza en el retorno de éste y en su juicio.

El capítulo tercero (3, 1-24) es una exhortación, una enseñanza fundamental de san Juan sobre la filiación divina de los cristianos. Concretamente, 3,1-3 nos relata cómo vivir como hijos de Dios. Posteriormente, 3, 4-10 trata sobre cómo evitar el pecado y 3, 11-24 sobre el mandamiento del amor.

Comienza 3,1 con "Mirad qué amor tan grande nos ha tenido el Padre, que nos ha llamado hijos de Dios". Es Jesús la fuente de nuestra filiación y el amor encarnado dado por Dios a nosotros. Pero el mundo no es capaz de reconocer a Dios ni de conocer a sus hijos, que se parecen a él. Realmente, el amor de Dios ha consistido en darnos a su Hijo como salvador del mundo. Así llega a nosotros la filiación divina, no reconocida por el mundo porque tampoco reconoció a Jesús como Hijo de Dios. Pero el objetivo último es hacer la voluntad de Dios, es decir, que la vida sea coherente con la fe, lo cual puede hacer que se supere un mundo hostil e incrédulo que se ha enfrentado con Dios. No nos debemos engañar: el mundo desprecia a los que son de Dios y no quiere tener ninguna relación con ellos (3,1).

Hay una relación ahora entre la escatología realizada y la que ha de venir. En este mundo, el cristiano ya es hijo de Dios. Pero también espera una plenitud más adelante y esa plenitud sólo puede ser configurada por Dios.: "...Ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos...". En esta vida contemplamos la imagen de Dios a través de la fe, pero el cristiano está llamado a tener una imagen de Dios mucho más cercana e inmediata. Cuando llegue este momento, el cristiano será como Cristo, que tiene una relación única con Dios. Así, el objetivo último de nuestra esperanza es ver a Dios y participar en la vida eterna plenamente (3,2).

Toda esta visión es ahora una esperanza que se ha de ir cumpliendo por el cristiano con su compromiso de perfeccionarse. La vida comprometida y ejemplar del cristiano es la que se va acercando a la vida eterna con Dios, ya que así, en esta vida, se empieza a imitar a Dios. Desde luego, la santidad es nuestra mejor preparación para ser como Dios y llegar a verlo. Con este versículo se introduce el siguiente punto (cómo evitar el pecado) ya que dice que los que son auténticos cristianos, los seguidores de Cristo, no pecan (3, 3).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Como cada 1 de noviembre, nos enfrentamos al texto de las "bienaventuranzas". Mateo las sitúa al comienzo del Sermón de la Montaña (cc. 5-7), el primero de los discursos que estructuran su evangelio. La montaña evoca al Sinaí, donde Moisés recibió la Ley (Ex 31), presentando así a Jesús como el nuevo Moisés, que proclama la nueva Ley del Reino. Con una diferencia, Moisés subió a recibir la Ley, Jesús sube a darla con autoridad propia. Jesús pronuncia este discurso ante una sociedad en la que el estatus de cada uno dependía de su nacimiento, de su riqueza, de su capacidad para acumular honor. Y Jesús viene a invertir esta lógica, declarando bienaventurados a los que todos consideran malditos. Para la comunidad mateana, estas bienaventuranzas no derogan la Ley, la cumplen transformándola desde dentro. Ya no sólo es cumplir preceptos externos, se trata de tener un corazón configurado, alineado con el de Jesús.

Texto

Por un lado, este texto nos presenta las ocho Bienaventuranzas (vv. 3-10), y por otro tenemos la conclusión (vv. 11-12a).

La palabra griega "makários" (bienaventurado) aparece nueve veces en el texto. No se trata de un estado emocional pasajero, sino una condición de favor divino que trasciende las circunstancias externas. En la cultura greco-romana se aplicaba a los dioses inmunes al sufrimiento y la muerte. Es una revolución semántica, la verdadera felicidad no está en la inmunidad al dolor, sino en la comunión con Dios, incluso en medio del dolor.

El término que usa Jesús para referirse a los pobres (v. 3) designa a los mendigos, indigentes, sin recursos. Y pobre de espíritu es el que asume la dependencia total de Dios. Son los anawim del A.T., los pobres de Yahvé que depositan en Él toda su confianza. Para ellos, el Reino no es sólo una realidad futura, ya está presente para quienes reconocen su indigencia espiritual.

La bienaventuranza de los que lloran (v. 4), indica un lamento profundo, como el duelo por un ser querido, y se refiere al profundo dolor por el pecado (propio y ajeno) y a la compasión por el sufrimiento de mundo. La promesa de consuelo evoca el Siervo de Yahvé (Is 61, 2-3) y el consuelo escatológico que Dios dará a su pueblo (Ap 21, 4).

La mansedumbre (v. 5) no es debilidad, sino fuerza bajo control, como un caballo domado. Es la actitud que no responde con violencia a la injusticia, sino que confía en la justicia de Dios. La promesa de heredar la tierra evoca al salmo 37, 11. No es una conquista violenta, sino la recepción del don de Dios.

La justicia (v. 6) en Mateo tiene un doble sentido: la justicia que Dios da (la salvación) y la justicia que Dios exige (la rectitud de vida). El hambre y la sed son necesidades vitales; la justicia debe ser tan esencial para el discípulo como el pan o el agua. La promesa de quedar saciados es escatológica, pero también presente: quien busca la justicia de Dios encuentra ya un anticipo.

La misericordia (v. 7) (éleos) es el atributo fundamental de Dios en el A.T. (Ex 34, 6). Ser misericordioso significa tener las entrañas de Dios, compadecerse de su dolor, poder sentir el corazón del otro y actuar en consecuencia. La promesa es recíproca, quien perdona es perdonada; quien acoge, acogido.

La limpieza (v. 8) de corazón no es una pureza ritual, sino la sinceridad radical ante Dios y los hombres. El corazón unificado busca solo la voluntad de Dios. la promesa de "ver a Dios" es la máxima bienaventuranza: la visión beatífica, la comunión plena.

La paz (eirēnē) (v. 9) no es la mera ausencia de conflicto, sino el shalom bíblico: el bienestar, la justicia, la armonía con Dios, con los demás y con la creación. Es la construcción activa de la reconciliación. Quienes así actúan son conocidos como hijos de Dios, porque imitan al Padre.

La bienaventuranza de los perseguidos por la justicia (v. 10) cierra el círculo abierto en la primera bienaventuranza. La persecución no es una desgracia, sino una seña de identidad del discípulo, que vive la justicia del Reino y provoca la hostilidad del mundo. Estos tienen la misma promesa que los pobres, el Reino es suyo.

Jesús concluye dirigiéndose a los discípulos (vv. 11-12a). La persecución por seguir a Jesús. no es una posibilidad, sino una certeza. La respuesta no puede ser la amargura, sino el gozo, la alegría, porque la recompensa en grande en el cielo. Los verbos que utiliza con los mismos que caracterizan la alegría de los santos en el Apocalipsis.

Pretexto

El proyecto de las bienaventuranzas altera el orden conocido. Busca la santidad en lo ordinario, es como dijo Franciso: "la santidad de la puerta de al lado" (Gaudete et exultate, 2018), la santidad de quienes se esfuerzan por criar a sus hijos con honradez, de los trabajadores que cada día cumplen con su deber, de los enfermos que ofrecen su sufrimiento. No son necesarios gestos heroicos, cualquiera puede tener un momento de heroicidad, lo importante es vivir el día a día desde la santidad. La sociedad de hoy nos promete la felicidad en el consumo, del éxito, de la imagen. Pero es una felicidad frágil, porque depende de circunstancias externas. Las bienaventuranzas proponen una felicidad paradójica, Jesús libera, pero sin necesidad de tener, sino solo de ser. Las bienaventuranzas son el retrato de Jesús y el programa de vida para los discípulos.

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas para la Homilía

"La muerte es la puerta"

"Y que resucitan los muertos lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "el Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob". "Y Dios no lo es de muertos; es decir, para él todos ellos están vivos". Lc 20, 37-38.

La vida eterna de la que Jesús habló tantas veces es lo que da sentido a nuestra vida en este mundo y por esta vida eterna se nos abre la puerta del cielo después de la muerte. "El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna". Jn 5,2.

Nuestra vida es junto con la fe, el don más grande que recibimos de Dios. Su poder y su infinito amor nos ponen en la existencia antes que nuestros padres nos reciban y abracen. Su providencia paternal nos acompaña siempre como una relación constitutiva para siempre en el ser y en su amor, en ambas dimensiones. La fe es don de Dios que preparamos y alimentamos con la oración. Dios no crea por necesidad, sino como libre expansión de su infinito amor. En la esencia del amor está el comunicarse, porque el amor no puede encerrarse en una maravillosa soledad. No sería amor, sino egoísmo. Amor infinito pide comunicación en grado infinito, que se nos ha revelado en el Padre, en el Hijo, Jesús y en el Espíritu Santo." Nadie ha visto jamás a Dios, el Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado". Jn 1,18.

La muerte tiene muy mala prensa. Pero cuando la fe la ilumina, hasta puede afirmarse que no existe." La muerte no es la luz que se extingue, sino la lámpara que se apaga porque ha llegado el alba." R. Tagore. Nosotros lo afirmamos sencillamente así: La muerte es la puerta del cielo. Si nacemos como el resultado de un latido de amor del corazón de Dios, que no tiene medida, el tiempo de nuestra existencia en este mundo es un tiempo preparatorio del cielo en la gloria eterna con Dios.

Ser cada uno de nosotros una creación personalizada de Dios a su imagen y semejanza, nos identifica como una persona; el cuerpo es el envoltorio del "yo", de esta persona concreta, única e irrepetible. Nuestra corporeidad, tan limitada y corruptible, se vuelve sagrada al ser vehículo de la vida y punto de encuentro con el Espíritu de Dios.

Esto nos marca y esta marca es indeleble y radica más adentro que nuestros miembros corporales; entra y permanece en aquel centro donde cada persona es consciente, vive y crece. Este "yo", singular y único, creado a imagen y semejanza de Dios, traspasa la muerte y marcado por Cristo Resucitado, entra en la eternidad gloriosa, con todo el bagaje existencial que acumuló a lo largo de sus años en este mundo. San Pablo lo resume con estas palabras: "Nosotros somos ciudadanos del cielo...Él transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa ". Filipenses 3, 20-21

Así como Jesús Resucitado retiene en su estado glorioso toda su experiencia humana en este mundo, así también nosotros seguimos con nuestra dimensión corpórea aún después de dejar nuestro cuerpo en esta tierra.

La muerte es la puerta del cielo. Después del último aliento de vida mortal, estrenamos la vida eterna en los brazos de Dios.

Lo dijo Jesús: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso". Lc 23, 43. San Pablo escribió: "Sucumbió la muerte en la victoria. Muerte, ¿dónde está tu victoria?". La carta a los Hebreos resume así la salvación de Jesucristo: "Liberar a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos". Hbr 2,15.

Después de la muerte se nos abre una perspectiva que da sentido pleno a nuestra peregrinación de fe en este mundo. En la gloria de Dios, de la que el libro del Apocalipsis es todo un tratado, se remata nuestra esperanza. Allí sólo reina el amor en grado infinito. "Después vi una multitud enorme que nadie podía contar, de toda nación, pueblo y lengua". Mt 18,10.

Lorenzo Tous
lorenzo@dabar.es

«Dichosos...» (Mt 5, 1-12)

Para reflexionar

Si he asistido a la muerte de alguna persona, describo y comparto mis sentimientos de aquellos momentos.

¿Cómo me relaciono con los difuntos que me han querido?

¿Cómo reacciono ante mis dudas, si las tengo, ante la vida eterna?

Para la oración

Padre, auméntanos la fe, para que participemos en esta celebración del gozo de los salvados que ya llegaron a tu presencia. Que su intercesión confirme nuestra esperanza de participar con ellos de tu gloria. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Al contemplar hoy la incontable multitud de todos los salvados en el cielo, nuestra esperanza se confirma. Todos nuestros problemas, pecados y dificultades reciben un mensaje de fortaleza para seguir su ejemplo y alcanzar con su ayuda la misma salvación eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor. Porque tú, con la fuerza del Espíritu Santo, congregas en un solo pueblo a los santos dispersos entre las naciones; los purificas en el baño de la regeneración y blanqueas sus vestiduras en la sangre del Cordero pascual, para que den testimonio de tu amor fiel ante todos los pueblos y formen la comunidad de los hijos de Dios. Tú has convocado, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, a una muchedumbre innumerable, que está de pie ante tu trono con palmas en las manos y canta el himno de la victoria. Su gloria no procede de ellos mismos, sino de la gracia que tú les has dado gratuitamente; su corona es el sello de tu misericordia. En este camino peregrino de la tierra, ellos nos señalan la ruta hacia tu monte santo: el camino de las bienaventuranzas, recorrido en Cristo y por el Espíritu. Nos rodean con afecto fraterno, nos estimulan con su ejemplo a buscar la santidad y sostienen con su intercesión nuestra debilidad, hasta que todos seamos uno en la plenitud de tu Hijo amado. Por eso, nosotros, Iglesia peregrina en la tierra y Iglesia que ya goza en el cielo, unidos a los ángeles y a todos los santos, te ofrecemos el sacrificio de alabanza y proclamamos con alegría.

Tantos santos, Padre, que con tu gracia han alcanzado la salvación en tu presencia celestial, nos animan a seguirles con la ayuda de tu gracia. El Espíritu santo que les acompañó en vida mortal, nos confirme hoy en esta misma fe para que un día gocemos con ellos en tu presencia. Por Jesucristo nuestro Señor.

Cantos

Entrada. Las puertas de la nueva ciudad se abren para ti (Erdozain); Hacia ti, morada santa (Argüello); Somos un pueblo que camina (Mateu); Tú vives siempre junto a nosotros (Vicente); Ciudadanos del cielo (Deiss).

Gloria. De la Misa de Angelis; de Palazón; de Kairoi; Gloria a Dios, gloria al Padre (Carismático).

Salmo. LdS.

Aleluya. Este es el día en que actuó el Señor (Manzano).

Ofertorio. Bienaventurados (1CLN-736); Bienaventuranzas (Alvarado); En el altar del mundo (Klappenbach).

Santo. 1CLNI 1.

Aclamación al Memorial. 1CLN-J 22.

Comunión. Yo le resucitaré (2CLN-O 38); Cerca de Ti, Señor (Adams); Beberemos la copa de Cristo (Halffler); Cristo es la resurrección (Erdozain); No adoréis a nadie (Luis Alfredo)

Final. Acuérdate de Jesucristo (Deiss); Hoy, Señor, te damos gracias (Gabarain); María, tú que velas junto a mí (Gabarain).

La misa de hoy

Monición de entrada

Levantemos nuestra mirada al cielo y unámonos con fe a la multitud incontable de los salvados. Con ellos formamos la familia de Dios, hacia ella vamos también nosotros, peregrinos de la fe en este mundo.

Saludo

La paz de Dios, que nos llama a caminar en la comunión de todos los santos hacia la plenitud de su amor, esté con todos nosotros.

Acto penitencial

Padre de bondad, tu amor es tan grande que no cabe en nuestro corazón. Perdona nuestra medida tan raquítica.

Señor Jesucristo, con la seguridad que hablaste del paraíso al buen ladrón, confirma nuestra pobre fe.

Espíritu de Dios, abre nuestra mente a las grandezas de la casa del Padre, abierta a todos nosotros sus hijos.

Fiémonos del amor de Dios y pongamos nuestra vida en sus manos para que ya en nuestra vida mortal nuestra esperanza esté cerca de los que llegaron al cielo. Amén.

Monición a la Primera lectura

Levantemos la mirada al cielo y escuchemos la descripción de los que allí están con Dios.

Salmo Responsorial (Sal 32)

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Ése recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Éste es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Dios de Jacob.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Monición a la Segunda Lectura

El amor es la definición de Dios y el amor explica la historia de todos los salvados en el cielo.

Monición a la Lectura Evangélica

En las bienaventuranzas se expresa el camino en este mundo que nos conduce al cielo.

Oración de los fieles

Por intercesión de todos los santos, presentemos nuestras peticiones a Dios.

Respondamos: Escúchanos, Padre.

Para que el ejemplo y la fortaleza de tantos mártires antiguos y actuales, nos anime a ser testigos de nuestra fe convencidos y contagiosos. Oremos.

Para que, con nuestra oración y limosna ayudemos a tantos hermanos y hermanas que dan testimonio de la fe cristiana en países de misión. Oremos.

Para que la sabiduría de teólogos y místicos que alimentan la fe de la Iglesia, sea conocida, leída y escuchada entre nosotros. Oremos.

Para que todos que siguen a Jesús en vida contemplativa hagan llegar a todos los cristianos un amor más profundo y coherente a Jesús Resucitado. Oremos.

Para que la intercesión de todos los santos y santas de nuestra devoción particular nos lleve a imitar su ejemplo. Oremos.

Para que, por intercesión de todos los santos, la Iglesia encuentre por el camino de la sinodalidad una respuesta adecuada a los nuevos tiempos que vive la humanidad. Oremos.

Para que, por intercesión de todos los santos del cielo, la paz en la tierra esté cada día más cerca. Oremos.

Para que, por intercesión de la Madre de Dios y de San José gocen de la presencia de Dios en el cielo todos nuestros parientes, amigos y bienhechores difuntos. Oremos.

Escucha, Padre, nuestra oración y concédenos todo lo que nos lleve a alcanzar la alegría del cielo. PJNS.

Despedida

Que esta celebración nos acerque al gozo de Dios en el cielo, del que recibimos un anticipo cada vez que celebramos la muerte y la Resurrección del Señor. Vayamos en paz.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Todos los santos, 1 noviembre 2026, Año LII, Ciclo A

APOCALIPSIS 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los marcados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y rindieron homenaje a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Ésos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?» Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

I JUAN 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esperanza en él se purifica a si mismo, como él es puro.

MATEO 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».